

todos, y su modelo sería digno de inspirar los estudios que se deberían acometer en España sobre estas cuestiones.

José Manuel Pedrosa
Universidad de Alcalá

Bernard Sergent, *Celtes et Grecs .I: Le livre des héros*, París, Payot, 1999, 337 págs.

Bernard Sergent es uno de los más importantes y prolíficos especialistas en mitologías europeas e indoeuropeas de los que trabajan hoy en Francia y en el mundo. Autor de obras tan importantes como *Les Indo-Européens* (1995) y *Genèse de l'Inde* (1997), Sergent es, junto con el eximio hispanista François Delpech, uno de los más brillantes continuadores de la colosal obra mitográfica de Georges Dumézil. No cabe duda, en efecto, de que los ensayos de signo más comparatistas de Dumézil, como los ya clásicos *Ouranos-Varuna* (1934), *Jupiter-Mars-Quirinus* (1941), *Mitra-Varuna* (1948) y, sobre todo, *Mythe et Épopée* I, II y III (1968-1973), todos los cuales desvelaban insospechados puntos de intersección de las mitologías india, grecolatina y nórdica, proyectan su alargada y fecunda sombra sobre este estudio de Sergent, que se beneficia, además, de la gigantesca bibliografía internacional que —impulsada precisamente por el ejemplo de Dumézil— ha visto la luz sobre estas cuestiones en las últimas décadas.

Este libro, *Celtes et Grecs* I, trabajosamente construido a partir de la síntesis y del perfeccionamiento de muy diferentes trabajos anteriores del propio autor, es uno de los logros más originales de los estudios modernos sobre mitologías arcaicas, y puede que su mayor mérito sea no el de haber agotado —pese a su profundidad— sino el de haber abierto nuevos y extraordinarios horizontes a la mitocrítica comparatista, y, en concreto, al estudio contrastivo de dos tradiciones tan importantes como la griega y la céltica, que han sido casi siempre consideradas por separado, como si se tratase de repertorios culturales aislados y estancos, cuando, como demuestra Sergent en este gran libro —primero además de una serie más amplia—, han de considerarse hermanas —y hermanas próximas— dentro de la gran familia cultural indoeuropea.

El libro de Sergent comienza comparando los asombrosamente parecidos perfiles heroicos del héroe irlandés Celtchar y del griego Céfalo, cuyas raíces consigue hacer remontar hasta viejas divinidades solares indoeuropeas. En la

última parte del libro, el gran protagonista de la epopeya celta-irlandesa, Cúchulainn, es agudamente comparado con otros dos héroes griegos, Belerofonte y Melantio. Pero el núcleo más denso y significativo del libro lo ocupa, sin duda, la detalladísima comparación entre el propio Cúchulainn irlandés y el griego Aquiles, cuyo contraste arroja conclusiones verdaderamente asombrosas. Admiran, en efecto, lo extraordinario de las coincidencias en lo que respecta a la importancia, en sus respectivos ciclos míticos, de la figura de la madre protectora, de sus educadores prodigiosos, de sus rasgos físicos y morales (desde su aspecto en ocasiones imberbe y femenino hasta su apego por el color rojo), de sus objetos y seres asociados (desde la lanza al caballo), de sus funciones “míticas” (su violenta fortaleza, sus enfrentamientos con tríadas de adversarios, sus prácticas de la circunvalación)... Incluso su modo de morir (después de despreciar determinadas advertencias y consejos, de ser heridos en el pie, e incluso de coincidir en la naturaleza de sus respectivos matadores) parece responder a guiones y escenografías asombrosamente comunes.

Hay que tener en cuenta, en cualquier caso, que muchos de los rasgos que Sergent asocia a ambos héroes forman parte, en el fondo, de un fondo mítico-narrativo prácticamente universal que afecta a muchos más héroes de muchas más tradiciones. Por ejemplo, el detalle de que ambos aparezcan como “amos de los pasajes estrechos” es un rasgo que comparten con otros muchos héroes. También Gilgamesh y Enkidu atravesaron todo tipo de estrechos entre montañas y entre el mundo del aquí y del más allá, y Teseo limpió de bandidos y de monstruos el istmo de Corinto (según Plutarco, en *Teseo* 6:3), y Ulises, Jasón, Orfeo, Orestes y Píldes sortearon las Simplégades o Rocas Chocantes, y la desdichada Ío del *Prometeo encadenado* de Esquilo se vio condenada a cruzar istmos y estrechos, según le profetizó Prometeo: “Cruzando sus cumbres, vecinas de los astros, *has de marchar por el camino hacia el sur, por donde llegarás hasta la hueste de las amazonas, enemiga de los hombres, las cuales más adelante fundarán Temiscira a uno y otro lado del Termodonte, allí en la áspera mandíbula de Salmideso frente al mar, huésped odioso a los marineros, madrastra de las naves*. Las amazonas te indicarán el camino, y muy amablemente. Y junto a *las mismas puertas del lago, al istmo Cimérico llegarás, que has de dejar atrás con intrépido ánimo para cruzar el estrecho del lago Meótide*. Pervivirá para siempre entre los mortales la estupenda noticia de *tu paso, y será llamado “el Paso de la Vaca”, Bósporo*. Y al abandonar el suelo de Europa llegarás al continente de Asia” (Esquilo, *Prometeo encadenado*, en Carlos García Gual, *Prometeo*:

mito y tragedia, Madrid, Hiperión, 2ª ed. rev. 1995, pp. 97-98). En una tradición completamente diferente, San Mateo VII:14 advertía de “¡Qué estrecha es la puerta y qué angosta la senda que lleva a la vida, y cuán pocos los que dan con ella!” para resaltar las poco comunes virtudes del héroe cristiano. Y, según Mircea Eliade, en *El chamanismo y las técnicas arcaicas del éxtasis*, trad. E. de Champourcín, México, Fondo de Cultura Económica, reed. 1996, pp. 171-172, numerosos ritos chamánicos de todo el mundo eran inseparables del simbolismo heroico de los pasos estrechos: “El *paso estrecho* o *peligroso* es un motivo corriente, tanto en las mitologías funerarias como en las mitologías iniciáticas (ya conocemos la solidaridad e incluso la coalescencia que a veces afecta a unas y a otras). En Nueva Zelanda el muerto tiene que pasar por un espacio angostísimo y entre dos demonios que tratan de apresar-lo; si es *ligero* consigue pasar; pero si es *pesado*, cae y es presa de los demonios. “Ligereza” o “rapidez” —como en los mitos que exigen pasar “muy de prisa” por las fauces de un monstruo— es siempre una fórmula simbólica de la “inteligencia”, de la “cordura”, la “trascendencia” y, en última instancia, de la iniciación. “Es difícil pasar por la hoja afilada de una navaja de afeitar, dicen los poetas para expresar la dificultad del camino (que lleva al conocimiento supremo)”, se lee en la *Katha Upanisad* (III, 14)... En efecto, el simbolismo de la “puerta estrecha” y del “puente peligroso” se relaciona con el que hemos llamado “paso paradójico” porque aparece en ocasiones como una imposibilidad o como una situación sin salida. Recuérdese que los candidatos chamanes o los héroes de ciertos mitos se hallan a veces en una situación aparentemente desesperada: deben pasar por el sitio “en que la noche y el día se encuentran”, o hallar una puerta en un muro, o subir al Cielo por un lugar que sólo se abre un instante, pasar entre dos muelas en continuo movimiento, entre dos peñascos que se entrechocan o incluso entre las quijadas de un monstruo, etcétera”. Son éstos breves y no exhaustivos ejemplos de cómo algunos de los rasgos míticos que caracterizan y ponen en comunicación a héroes como Cúchulainn y Aquiles coinciden también con otras muchas tradiciones épicas, lo que obliga, aún aceptando lo estrecho de sus vínculos, a entender a ambos héroes dentro de un marco interpretativo superior.

Ninguno de los matices ni de las adendas que se puedan superponer o añadir al trabajo de Sargent resta mérito, valor ni originalidad a este primer volumen de estudios *Celtes et Grecs* que está llamado a convertirse —si es que no se ha convertido ya— en una sobresaliente referencia sobre el modo de entender y de cultivar la mitología comparada. Y que, sin duda, debería ser bien conocido, y, sobre todo, profusamente utilizado por los especialistas

españoles que podrían, a buen seguro, hallar en él indispensables instrumentos metodológicos y notables ejemplos clarificadores y amplificadores del conocimiento de nuestra propia tradición épica a partir de las demás tradiciones europeas.

José Manuel Pedrosa
Universidad de Alcalá

Álvaro Alonso, *Poesía amorosa y realidad cotidiana: del Cancionero General a la lírica italianista*, Londres, Department of Hispanic Studies, Queen Mary, University of London, 2001, 78 págs.

El *Cancionero General* de Hernando del Castillo tuvo una importante pervivencia durante el siglo XVI, en el que se editó unas ocho veces y fue refundido en numerosas ocasiones. Como Alonso había puntualizado en el prólogo a su edición de *Poesía de Cancionero*, esta recopilación, salvo excepciones como Rodríguez del Padrón y Santillana, supone un buen compendio de la poesía que se escribía en la corte de los Reyes Católicos. Su influencia se deja sentir en los Siglos de Oro, y es pieza esencial en el desarrollo de la espléndida poesía barroca.

Basándose en un corpus de 73 poemas, Álvaro Alonso se centra en el estudio de la poesía amorosa de circunstancias en la que se refleja una parte de la vida cotidiana de la corte y pequeñas anécdotas vitales de sus autores. El límite entre lo real y lo ficticio en la creación poética se diluye, y en esto juegan un papel esencial los epígrafes, más tenidos en cuenta de lo que se pudiera sospechar por los lectores de la época. Estas poesías de circunstancias son un caso poco frecuente en el *Cancionero*, donde los poetas, generalmente, no expresan la realidad de su yo. Sean frívolos o no los temas, nos acercan a un mundo real en el que se desenvolvía la corte.

El ensayo se divide en dos bloques fundamentales. El primero analiza los poemas que aparecen en el *Cancionero General*, clasificando sus motivos, recursos e influencias. El segundo se centra en la pervivencia de esos motivos después de 1511 y su continuidad de una forma u otra, y sus transformaciones durante el Barroco. De esta manera se establece con claridad cómo son los temas en el *Cancionero* y cómo van a ser después en la producción poética posterior.